

## GAS VERDE

Por Eduardo Del Castillo

Cierto es que hoy el uso del gas pimienta es común y legal en los establecimientos penitenciarios, además de ser un elemento casi indispensable en la cartera de la dama o el bolsillo del caballero, pero a mediados de los ochenta sólo podía vérselo en las películas de Hollywood y hablar de gases irritantes hubiera llevado la conversación a comentarios escatológicos y desagradables, aunque graciosos.

Sin embargo, fue en esos tiempos en que el entonces director de la Unidad Penal de Miraflores implementó un método de control de disturbios y motines muy similar: el gas verde.

Me resultó difícil, casi imposible, recavar información que haya quedado registrada acerca del uso de este gas, pero hilando uno que otro relato, siempre en tercera persona, de presos viejos y guardia cárceles, pude darle una secuencia lógica.

Al parecer, todo comenzó con una comunicación al personal en que el director informaba al personal del grupo anti-motines que sería instruido en el uso del “gas verde” como una novedosa herramienta para desalentar cualquier brote de violencia dentro de los pabellones.

Varias versiones circulan acerca de este gas. Una de ellas habla de una empresa como fabricante y distribuidora, que en un par de reuniones y una cena con el director y en privado, logró constituirse en proveedor por adjudicación directa del gas y todo lo necesario para utilizarlo.

Otros orígenes posibles que me fueron dados como ciertos hablan de un gas producido por la destilación de la alcachofa, que el mismo director fabricaba en los talleres de la unidad, o de una receta casi secreta provista por una curandera del barrio Libertad, cuyo hijo estaba purgando una condena por robo agravado. Esta última me resulta la más lógica. No imagino al director de una unidad penal envuelto en negocios espurios ni fermentando alcauciles.

Como sea, en poco tiempo los agentes estaban deseosos de utilizar este nuevo recurso, que se disparaba desde una especie de pistola de agua como las que jugábamos de chicos. Como era de esperar, el disturbio apareció: una riña sin mayores consecuencias en el pabellón 3, en la que dos internos se disputaban el turno para calentar el agua del mate en el “fueye”. Y ahí fueron.

Normalmente, esta situación se hubiera resuelto con unos gritos y uno que otro cachetazo, pero había que probar el gas verde, así que fue entrar al pabellón, en dos filas de tres, y rociar todo lo que se movía o estuviera en condiciones de moverse. La ligaron los del mate, el artesano que pinta enanitos de jardín de la celda 7, dos estudiantes que trabajaban en la tarea escolar en la 11 y hasta los refugiados del fondo, que nunca supieron el motivo de semejante operativo.

Esta experiencia piloto dio por ciertas algunas conjeturas:

- Que el gas era efectivamente verde
- Que irritaba la vista, producía tos y náuseas
- Que generaba un placer indescriptible en quienes lo disparaban, muy superior al que produce disparar balas de goma o golpear con bastones. Y con menos esfuerzo.

Esto, que pareció ser un éxito, fue el principio del fin.

A las pocas horas todo el pabellón 3 estaba en un estado de éxtasis. Pasado el mareo y la irritación de los ojos, los internos comenzaron a sentir experiencias indescriptibles, que variaban según cada individuo: algunos tenían percepciones de formas y colores nunca vistas, similares, decían, a las que produce el consumo de ácido lisérgico, pero mejores. Otros aseguraban que podían predecir el futuro, o que escuchaban mensajes inaudibles para los demás.

Considere el lector que lo que aquí relato me fue contado no por sus protagonistas, sino que alguna vez lo escucharon de otros. Y digo esto porque, cuando lo que se cuenta no viene de primera mano, suele muchas veces exagerarse. Y así pareciera en algunos casos que, aunque me cuesta creerlos, así los escuché.

Un preso que trabajaba en panadería, tartamudo de nacimiento, era capaz de cantar los tangos de Agustín Magaldi. Y sin desafinar.

Un muchacho joven, de la celda 16 creo, podía bailar el ballet "Paquita" completo, desplegando piruetas y giros perfectos. Había adivinos, poseídos, hinchas de Newells, pacifistas. El pabellón entero era un infinito muestrario de percepciones psicodélicas.

Pero lo bueno dura poco y, en el transcurso de las horas, todo fue volviendo, lentamente, a la cruda realidad. El primero fue un hombre mayor, que meditaba en posición de loto levitando a más de un metro de altura. Fue descendiendo lentamente hasta quedar sobre la fría cama de cemento. Le siguió otro que, a la mitad de la declamación del segundo acto de Hamlet, enmudeció.

Uno a uno perdieron sus habilidades y dones. Se miraban extrañados, como si toda su vida hubiera cobrado sentido en esas horas, y alguien se lo hubiera arrebatado.

Quedó sonando de fondo el entonado cantante de tango, en una estrofa interminable de *“el penado 14”*: *“en la celda sombría del lejano pre...pre...pre...”*

Y llegó el recuento y entonces, otra novedad: faltaba Guzmán, el morocho de la celda 9, el que cuidaba las gallinas del subdirector.

El encargado miró en la celda, en el cuarto al fin del pasillo. Nada.

- Andá y fijate en el patio, le dijo al subalterno. El cabo Paez dio dos pasos hacia el patio cuando se escuchó la voz de “Serrucho”, el compañero de celda de Guzmán.
- No está. Me dijo que podía atravesar las paredes. Y no lo vi más.

Serrucho hablaba sin mirar a nadie, con la vista fija en un punto por encima de todos. Su cuerpo delgado y huesudo, con el torso desnudo, se asemejaba al de un fakir.

- Así que se fue atravesando las paredes. Ta’ bien. ¿Y que más sabés?
- Ahora ya no sé más nada. Hace un momento sabía que Ud. es impotente desde hace casi dos años. Y creo que alcohólico. No lo recuerdo bien.

El sargento enmudeció por un momento. Temeroso de perder autoridad reaccionó con un grito: ¡Paez!. Llévate a este cachivache a buzones. A ver si se le refresca la memoria.

El cabo lo tomó del brazo empujándolo hacia la entrada del pabellón. En ese momento, casi en un murmullo y sin dejar de mirar a la nada, Serrucho le dice:

- Paez, ¿sabe su esposa que se masturba pensando en su cuñada?

Paez lo soltó y comenzó a caminar hacia atrás mirándolo como si viera a un poseso. Siempre reculando lo tomó al sargento del brazo y lo arrastró con él.

Vamos sargento – le dijo – hay que dar la novedad de la fuga al jefe de penal.

Un día después la atmósfera dentro del penal era inestable en extremo. La mayoría de los pabellones de máxima y mediana estaban amotinados. No pedían mejoras en la alimentación ni celeridad en las causas penales. Querían ser reprimidos con el gas verde porque el trascendido era que, si esto sucedía, se podían atravesar las paredes.

Por otra parte, el grupo anti-motín se negaba a intervenir en la convicción de que el uso del gas verde favorecía la posesión demoníaca, y entonces sus secretos más íntimos podrían ser revelados.

Nunca las rejas fueron tan necesarias. De un lado los presos tratando de exacerbar a los guardias: - *“Gato, cagón, vení, mandá gas que acá nos la rebancamos. Puto!”*

Del otro lado los guardias esperando órdenes que nunca llegaban.

En un punto intermedio los pabellones de evangelistas – tres en esos tiempos - repartiendo biblias y fabricando crucifijos en cantidad, convencidos de que, en cualquier momento, tendrían que practicar cientos de exorcismos.

Al final, la orden llegó: reprimir al viejo estilo, balas de goma y palos. Así se fueron recuperando uno a uno los pabellones hasta que el ambiente, a la fuerza, se estabilizó.

Luego se puso en marcha un antiguo mecanismo de la institución: traslados de presos, movimiento de personal, algún suicidio, hasta que todo fue cayendo en el olvido.

De hecho, inicié esta investigación por la curiosidad de un dato estadístico: ese año 389 de los entonces 612 presos de la unidad fueron trasladados en menos de dos semanas.

En ese mismo período más de la mitad del personal fue destinado a otra unidad, incluyendo al director, al subdirector y al jefe de penal.

Finalizando este relato me da por pensar que el gas verde fue un intento de aquella curandera de desmoronar la estructura de una institución que tenía preso a su hijo.

Puede ser. Una madre es capaz de cualquier cosa.